

RECTIFICACION: Por error en el número anterior, en la sección de CINE se escribió que los hermanos Lumière habían proyectado en el *Salón Indien* de París su primera filmación el 28 de diciembre de 1896; fue en realidad un año antes, en 1895.

CINE

SILENCIO, SE RUEDA... CINE ESPAÑOL

Ápenas cinco meses después de los hermanos Lumière, concretamente el 15 de mayo de 1896, su delegado, el operador francés Promio, proyectaba en un local de la madrileña Carrera de San Jerónimo la cinta que había aterrorizado al público parisino, la llegada del tren a la estación. Junto a la impactante locomotora, otras películas hicieron las delicias de los espectadores que habían pagado una peseta por la entrada, entre ellas «El regador regado», a la que se considera el nacimiento del cine cómico. Ese mismo día, *monsieur* Promio filmaría la «Salida de las alumnas de San Luis de los Franceses». Con estos acontecimientos, el cine había llegado y se hacía cine en España, pero todavía no era cine español.

No sería hasta unos meses después, cuando los Jimeno padre e hijo, primero espectadores, luego exhibidores, y finalmente reconvirtiéndose su aparato de proyección en cámara filmadora, harían la primera película española, «Salida de la misa de doce del Pilar de Zaragoza». De aquí en adelante, apellidos como Napoleón, Gelabert, De Chomón, abrirían los caminos hispanos al arte protagonista del siglo XX. Recientemente, un historiador llamado Jon Letamendia, en contradicción con la Academia de las Artes Cinematográficas, pone en cuestión tanto el nombre del primer exhibidor como la fecha de la primera película de los Jimeno, defendiendo que el día de San Isidro de 1896, quien proyectó la primera película fue un tal Moreno y data la fecha de la película de los Jimeno un año después, en octubre de 1897. ■

LOS MONSTRUOS SAGRADOS

Con el tiempo, nuestro cine también iría cogiendo metros y mayoría de edad: Florián Rey, Luis Buñuel, Benito Perojo, Edgar Neville, Juan Antonio Bardem o José Luis García Berlanga son una muestra limitada por el espa-



Catherine Deneuve y Fernando Rey. *Tristana*. Luis Buñuel, 1970.



Locura de Amor, Juan de Orduña, 1948

cio, sin querer olvidar a los pasados, ni afrontar a los presentes, ni mucho menos intimidar a los futuros. Ellos y los otros fueron dando las grandes películas de nuestro tiempo —«El perro andaluz», pionera por su vanguardismo, «Tierra sin pan»— cuando todavía el documental no quería separarse del cine narrativo. «La aldea maldita» (1930), «Surcos» (1951), «Bienvenido Mr. Marshall» (1952), «Muerte de un ciclista» (1955), «Calle Mayor» (1956), «Viridiana» (1961), «El Verdugo» (1963), «La caza» (1965), «Furtivos» (1975),

«El desencanto» (1976), «Volver a empezar» (1982), «Los santos inocentes» (1984), «El bosque animado» (1987), «Remando al viento» (1988), «Belle Epoque» (1992), o la reciente «Nadie hablará de nosotras cuando hayamos muerto», son algunos de los hitos, no excluyentes, de nuestra filmografía. Sin olvidar que tres películas del realizador Luis Buñuel están entre las veinte mejores películas de la historia del cine, según datos del Ministerio de Cultura, compartiendo honores con «Ciudadano Kane» y «El acorazado Potemkin».

De los actores y actrices no vamos a hablar, los hay y los ha habido de los mejores, sobre todo aquellos que cuando se vieron condicionados por la situación política, suplieron las cortapisas del censor con su maestría artística, y por ello vamos a dejar a cada uno de nosotros que recuerde su mito particular. Y enviar nuestro homenaje a todos los que hacen posible el cine, productores, guionistas, producción en general y situación, montaje, operadores, oficios varios, y dejamos

OCIO Y CULTURA



Eduardo Ducaj, Luis Buñuel, Víctor Zapata y Aguayo en el rodaje de *Tristana*, 1970.

para el final a los directores de fotografía, de los que el cine español ha dado una magnífica cantera, y como muestra José Fernández Aguayo, del que todavía se celebra una exposición en el madrileño Centro Cultural Conde Duque, ejemplo de su buen hacer con la cámara. Hay que decir que el genio Luis Buñuel le reclamó para sus dos grandes películas realizadas en España, la ya nombrada «Viridiana» y la adaptación cinematográfica de la obra de Benito Pérez Galdós «Tristana». ■

NADIE HABLARA DE NOSOTRAS CUANDO ESTEMOS MUERTAS

Primera película como director de Agustín Díaz Yanes, antes guionista, profesor y traductor, que narra la historia de una mujer, Victoria Abril, en busca de su dignidad, ejemplarizada en su suegra, Pilar Bardem. Con el soporte de un magnífico guión del propio Díaz Yanes, ha llevado a la pantalla una gran película, durísima, sin concesiones al espectador, pero que no es la violencia gratuita, idiotizada de «Pulp fiction», sino la que sufren los marginados, los que la sociedad les muestra su cara oscura, y desgraciadamente, son muy pocos los que logran salir del túnel.

Reconocida en esta última edición de los Premios Goya por los ocho galardones que ha logrado —mejor película, actriz protagonista, guión original, actriz de reparto (Pilar Bardem), música original (Bernardo Bonezzi), dirección de producción (José Luis Escolar), dirección novel y montaje (José Salcedo)—, tuvo un duro competidor en el también novísimo Alex de la Iglesia, con la apocalíptica «El día de la bestia», que obtuvo seis premios. La gran perdedora fue «La flor de mi secreto», de Pedro Almodóvar, y como dicen que las desgracias nunca vienen solas, esta película, que representaba a España para los Oscar de Hollywood, ha sido desestimada; y es que quizá no solamente haga falta impronta personal para promocionar nuestro cine en el exterior. ■



GASTRONOMIA

L'OBRADOR
C/. Concepción, 18
ALTEA (Alicante)



Subir por las empinadas cuestas, estribaciones adoquinadas de la sierra de Bernia, e ir contemplando el luminoso Mediterráneo, los tejados árabes; azules en sus iglesias, rojos en sus encaladas casas. Soñar, como el poeta, que nuestra niñez aún sigue jugando en su playa, y recalar en L'OBRADOR, el rincón italiano que nos faltaba para completar nuestra fusión ritual con el puerto, abrigo fundado por los griegos. Y en este restaurante, el placer de una buena pitanza, donde una vez traspasada la puerta, el tiempo y el espacio nos remontan al salón de una casa noble de Livorno, Palermo o Cagliari, y esperando oír un ¡Mamma mia! aparecen Carlos o Carmen acompañados de una *pizza* digna de Júpiter, regada con una surtida carta de caldos, cual ofrenda al dios Baco, y rematada con un succulento postre, al que sin duda haremos *cosa nostra*. ■



LIBROS

«GÁLVEZ Y EL CAMBIO DEL CAMBIO»

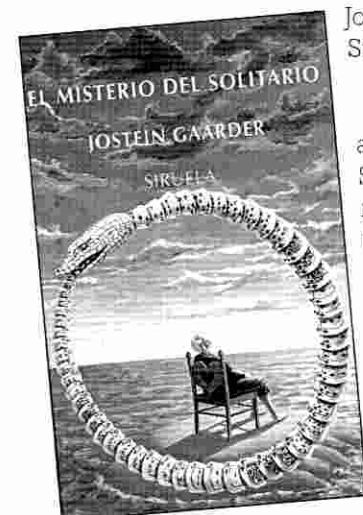
Jorge Martínez Reverte
Editorial Anagrama, n.º 154



Tercera novela de este escritor y columnista con el foliculario Julio Gálvez como principal rehén de sus páginas, un perdedor irónico y sentimental que nuevamente zascandilea por los laberintos del poder político y económico, pero esta vez fabricando espejismos con la realidad virtual y con la ética. Pero a pesar de la advertencia del autor en el comienzo: «Todos los personajes y situaciones

que aparecen en esta novela son fruto de la imaginación del autor. Nadie debe sentirse aludido, en consecuencia, por lo que aquí se narra», las situaciones y claves son tan reconocibles como hacia dónde escora Martínez Reverte. ■

«EL MISTERIO DEL SOLITARIO»



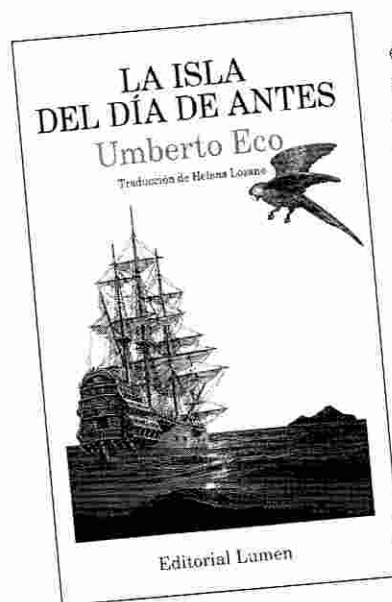
Jostein Gaarder
Siruela, n.º 43

Segunda novela del autor de «El mundo de Sofía», comentada en el número 12 de ACTUARIOS, pero en realidad escrita con anterioridad a esa Historia de la Filosofía, contada en forma de sueño literario. En «El misterio del solitario» narra el viaje de un marino y su hijo a

Atenas en busca de su madre. Aquí también lo imaginado y las cuestiones filosóficas son el hilo conductor y el fin, que por medio de un solitario compuesto por naipes animados, cual segunda versión de la novela de Lewis Carroll, quiere sugerirnos las infinitas respuestas que obsesionan a Jostein Gaarder. ■

«LA ISLA DEL DÍA DEL ANTES»

Umberto Eco
Editorial Lumen, n.º 258



Tercera novela de este catedrático de Semiótica de la Facultad de Bolonia, que tiene como fecha de partida el turbulento año de 1643, donde el naufrago piamontés Roberto de la Grive y su hallazgo encarnan los valores del barroco, el esfuerzo y el valor individual, y el desarrollo de la razón y de las ciencias físicas y mate-

máticas, y el **deísmo** como religión de los ilustrados, enfrentados al providencial catolicismo, que llega equivocadamente a calificar de ateos a personajes como Voltaire. En política, la muerte de Luis XIII en Francia, y la ascensión del rey absoluto, el Rey Sol; el desarrollo de nuevos imperios, Francia e Inglaterra, y la decadencia de España, Alemania, Italia y Portugal, es el marco de esta novela tan barroca como la época en que se desarrolla y también como su autor, donde no falta un amor y un secreto, «El Punto Fijo». ■